## "EL AMERICANO"

Jerónimo Artadi, que hacía diecisiete años faltaba del pueblo, había llegado de América derrotado y deshecho.

Salió siendo mozo, con un hatillo al hombro y la cabeza a pájaros cuajada de confusas decisiones, y una mañana plomiza y lluviosa embarcó en Bilbao rumbo a Chile, porque unos imaginarios parientes de su madre habían de abrirle allá la puerta de acceso a la cumbre del dinero y de la fama.

Cuando la última despedida de los emigrantes no era más que un tremolar de pañuelos en los entrepuentes, y el barco inició el descenso. Nervión abajo, Artadi esperó a la pitada horrísona de la sirena para izar sus ilusiones más puras y ardientes en el mástil del corazón; ilusiones que flamearon, rutilantes sobre el lejano viscoso y rojizo de la ría de Bilbao. Y como no sabía de ciertos sentimentalismos tiernos, se adentró gozoso en el Cantábrico, a la sazón barrido por huracanado y lluvioso noroeste, que daba al Abra tintes sombríos y a Punta Galea un aspecto siniestro.

En cuanto llegó a América comenzaron las decepciones. Hubo de convencerse de que aquellos esperados parientes no eran más que un producto de su aturdida fantasía, y como era necesario vivir de realidades, comenzó a actuar por cuenta propia. Sin guías ni mentores que le encauzaran los primeros pasos, tiró por el camino torcido de la vida, y su existencia en diversos países de la pródiga América no fue otra cosa que un rosario inacabable de extrañas ocupaciones y de las más negras vicisitudes.

Cuando tuvo el valor de reconocerse fracasado, brotaron en él tiernas nostalgias y viejas remembranzas y se apresuró a organizar el viaje de regreso, haciéndolo en lóbrego y colectivo camarote en barco de infima categoría; barco que, al atracar en España, le volcó sobre el muelle de la misma manera que el temporal arroja sobre la playa a un madero negro y carcomido...

Artadi, que se deshacía en anhelos familiares, desconocidos hasta entonces, se refugió en el caserio de su hermana Gertrudis, más arriba que "Zentolen", y que al igual que los picos de las boinas, era el remate de una redonda y aislada loma. El americano, hosco y silencioso, no se cansaba de contemplar el paisaje. Sus ojos, ahítos de horizontes infinitos allá en la Pampa, se detenían gustosos, en las suaves perspectivas conocidas desde la infancia. Todo le parecía ahora pequeño y cercano, como en un nacimiento de Navidad. La violácea crestería de las Peñas de Aya ponía un

límite majestuoso al horizonte del fondo, mientras que el jugoso valle de Oyarzun se disolvía a sus pies en un verde de cien matices.

El reverbero del sol en la encalada pared; el olor acre de la leche quemada en la humosa cocina y, sobre todo, aquel aliento de la tierra porosa y fecunda después del chaparrón fueron otras tantas etapas en la oscura y laboriosa metamorfosis que en el interior de Artadi se operaba, y de la cual salió triuntante y retozón a una nueva vida, como lo hace la larva caliente que se convierte en ninfa y la ninfa que se hace mariposa...

Dos cosas sobrevivieron incólumes de su paso turbulento por América: un ceceo cadencioso en el hablar y aquella alocada fantasía que siempre le caracterizó; porque, en el fondo, Artadi era un mixtificador.

Fué por entonces cuando dió en bajar al pueblo acompañado de su perro. Gringo, como él le llamaba, era un compañero fiel. Como la tilde de las "eñes", daba complemento y remate a su aino, que no se cansaba de ponderar las virtudes raciales de aquel ser amorfo y valetudinario, amasijo incomprensible de crenchas rubiáceas y desteñidas que, de cuando en cuando, sabía emitir un extraño sonido gutural al que Artadi denominaba pomposamente ladrido. Amo y perro vivían en una perfecta simbiosis.

Visitaban ambos cierta sidrería de la Calle de la Magdalena, en la cual Artadi, empapado en el fresco húmedo que exhalaba la ácida bodega, hacia de punto fuerte con aquellas narraciones maravillosas y escalofriantes corridas por él en América.

Arróspide, el capataz vizcaino que trabajaba en la cantera de San Marcos, oponía, socarrón, multitud de peros a los lances estuperacientes que detallaba prolijo El Americano; pero Cataliñ, la garrida moza que escanciaba los vasitos de sidra, solia quedarse arrobada y de un aire ante los derroches de valor que mostraba Artadi.

—Y usted — preguntaba, sonriente, el vizcaíno — ¿cómo no ha hecho fortuna con tanta aventura?

Una pincelada amarga desdibujó los labios de El americano.

—El valor, mi amigo, no se paga en nosotros con pesos nacionales. Luchamos años y años para ganarnos una posición en la vida, y luego, en un santiamén, los que sentimos la sangre ardiente correr por las venas, los que somos valientes de verdad, nos lo jugamos limpiamente todo sin pensar en más. Eso nos sale de aquí...

Y Artadi, mirando de soslayo a Cataliñ, se golpeaba la blanca camisa a la altura del corazón.

—; Valor, mi amigo, valor!—exclamó *El americano*, paseando sus ojos por la escasa concurrencia de aquella noche—. A mí me ha perdido siempre el exceso de valor, aunque parezca raro; pero me consuelo pensando que nunca me ha temblado el pulso; lo pueden creer.

Cataliñ, que parecía tener un abrumador trabajo en su exiguo escenario, no dejaba de mirar sonriente a Artadi con aquellos sus hermosos ojos azules.

—Oye; saca otra ronda—pidió uno del grupo, que con la espalda apoyada en una enorme barrica que alcanzaba el techo, oía silencioso al *Americano*.

La sidrera, con el delantal azul extendido sobre las rodillas y los pies recogidos bajo la pequeña silla, fue sirviendo, uno a uno, los vasos de pajizo líquido. Artadi, con una sonrisa exclusiva para ella, se los iba tomando de la mano para pasarlos a los demás. Se quedó con el último, lo miró sosegadamente un rato y se lo echó al coleto de un trago. Volcó los residuos en un rincón, como lo hacían todos en la sidrería, y se pasó el dorso de la mano por los húmedos labios. Hacía un calor sofocante aquella noche.

- —Oye, Artadi—interrogó uno del rincón—: ¿pero es que en América no se puede vivir como aquí?
- —¿ Como acá?... No diga macanas, mi amigo. Aquello es algo enorme. Me acuerdo de una vez...
- —¿Qué? ¡Cuenta, cuenta!—pidieron todos menos Arróspide, que, alzándose de hombros, se sentó en un largo y estrecho banco para liar un pitillo.

Cataliñ, toda expectación, se alisó aún más el delantal sobre las rodillas y cruzó los brazos. *Gringo*, tumbado cerca de ella, bostezó prodigiosamente a través del flequillo en cascada que le cubría hasta el hocico.

Artadi, de pie y dueño del auditorio, dijo:

- —Una noche llegó a la estancia niña Remigia, la hija del patrón, con un brazo ensangrentado. Don Romualdo, anciano y medio paralítico, se acercó al grupo de los que rodeábamos a su hija, y después de ver lo que tenía, le preguntó:
  - -Diga, niña, ¿quién la hizo eso?
- —El jaguar, papá. Fué un jaguar que me atacó junto a la *chacra* de don Belisario.

Don Romualdo miró duramente a la muchacha y luego, sacando de la faja un sucio pañuelo, le restañó la herida con él. La miró intensamente a los ojos y, sin soltarle el brazo, inquirió:

—Oiga, niño: ¿fué el jaguar quien la hizo eso o fué el zonzo de su novio?

Niña Remigia se echó a llorar no sé si de dolor o de vergüenza; y el patrón, que era corajudo y de pocas palabras, mandó despejar el grupo. El era muy bueno conmigo y yo comenzaba a sentir que la sangre se me revolvía por dentro. En un aparte me acerqué a él.

- -Dí, vasquito, ¿qué querés?
- -Poca cosa, patrón. Vos sabés que el novio de la

niña es un gaucho cuatrero, matón y borrachín que la va a arruinar, ¿verdad? Pues... si doy con el jaguar, lo mato; pero si me topo con el cuatrero de niña Remigia, os lo traigo acá con veinte aujeros en la pelleja.

- -¿ Pero tú, muchacho?...
- -Nada, patrón; déjelo de mi cuenta.

Al día siguiente, casi al amanecer, llegamos a la chacra de don Belisario; allá no estaba la fiera. Piqué espuelas al petiso que montaba y con dos peones de descubierta y otro de compañía, comenzamos a dar la batida. Yo llevaba el Winchester en una mano y en la otra el pájaro más chico que hay, un picaflor. De pronto sentimos un gran ruido en la laguna, junto al cañaveral. Me asomé con el peón, y éste, al momento, lanzó un terrible alarido de espanto. Niña Remigia nadaba desaforadamente seguida de cerca por un enorme gavial, el cocodrilo más carnicero del mundo. ¿Qué hacer?

Artadi, apoderado de la atención del auditorio, sacó lentamente una vieja petaca con gesto estudiado, liando torpemente y en silencio un grueso cigarrillo.

- —Este tabaco de acá todo se cae—dijo por lo bajo. Uno del grupo, para ganar tiempo, se adelantó a darle lumbre.
  - --Sigue, sigue...-pidieron todos, excitados.

El americano dió una larga chupada, recreándose en aquella exhalación lenta del humo por la nariz.

—Pues, nada—prosiguió—. Dejé el pingo en la orilla y me lancé a la laguna con decisión. Saqué el facón gaucho con una mano y en la otra conservé el picaflor estrujado. Avanzaba con el agua al pecho. La fiera, al verme, dejó su presa y se abalanzó sobre mi. Sentí el terrible hálito de su boca cuando notaba que, desgraciadamente, mis pies perdían fondo en el suelo viscoso de la laguna. Aquello fué cosa de segundos... El cocodrilo abrió su enorme boca. Yo le lancé al fondo de la garganta el pajarito, y la fiera, al sentir aquello extraño, carraspeó horriblemente. Fué mi momento. ¡Zas!... le coloco el facón gaucho vertical entre las dos mandíbulas y la fiera se queda sin poder cerrar la boca, como en un bostezo.

Un murmullo de aprobación se apoderó de la sidrería. Arróspide se acercó a Cataliñ, y le dijo al oído:

—; Has oído esa trola.' Ese está de aquí...

Y se barrenó la sien con el dedo índice de la mano derecha.

El rostro de la sidrera al mirar al vizcaíno, era la más viva expresión de desprecio. Luego, los ojos de la guapa muchacha se posaron en *El americano* para mirarle con devoción. Este atisbó aquella furtiva mirada y Cataliñ, al verse descubierta, se ruborizó. Volvió el rostro hacia su pequeño tenderete de madera, afanándose en seguida en la operación de pasar los vasos por la superficie inmóvil del agua de un cercano barreño. Detalle éste al parecer suficiente para garantizar una completa asepsia del cristal...

En el reloj de la iglesia sonaron doce lentas campanadas; y Arróspide, al oírlas, se levantó. Cataliñ puso encima del delantal la caja de la calderilla y dijo a todos:

-Bueno, chicos; hay que cerrar; son las doce.

—¿ Y qué pasó con el novio de la chica?—preguntó uno—. ¿Le encontraste?

-Claro que le encontré. Pero eso lo diré otro día... Se detavieron un rato en la puerta, sin poder rematar la última discusión. Artadi dedicó a la sidrera una postrera mirada y la chica sonrió mansamente. Por fin, todos se despidieron a voces en plena calle, y el pequeño grupo se dispersó.

El americano tomó el camino del caserio. A dos pasos de él caminaba Gringo, arrastrando su decrépita ancianidad. Antes de atravesar Mikela - Zulo Artadi saludó al sereno, que, cual parásito de la noche, vivía ambulatorio y a expensas de ella. Amo y perro iniciaron la subida por el primer tramo de la pendiente Galle de Arriba.

Hay noches de techo alto, con una bóveda celeste diáfana y cribada de lejanos luceros, pero la de este abado era negra y cerrada, como si se la pudiera tocar con la mano por encima de la cabeza.

Artadi sudaba, notando el vaivén de la sidra en el fondo del estómago. *Gringo* se daba a las esquinas con verdadera tozudez.

Al terminar el primer repecho llegaron a la pequeña plazoleta que baja a la calle de Santa Clara. El suelo, en fuerte declive y con pésimo empedrado, permitía toda clase de tumbos al caminar. Enfrente y a la mano izquierda, se alzaba una enorme fachada granítica y ciega, muestra silenciosa de otros tiempos felices que conocieron un Rentería amurallado y marinero.

De pronto, Gringo se paró, indeciso, emitiendo una especie de lamento extraño e indefinido.

— Eh?...—le interpeló Artadi, saliendo de algún recóndito ensimismamiento.

También El americano se detuvo.

Una ráfaga suavísima y deletérea le rozó el rostro. Artadi hizo ademán de sostenerse la boina sobre la cabeza, al tiempo que se sujetaba la chaqueta en el hombro, del cual colgaba como de una percha. Sus ojos desorbitados y la boca abierta, parecian la rubrica del estupor.

Un ser extraordinario, una vieja descarnada y monstruosa, con la nariz como el pico de un loro y un colmillo descomunal que le llegaba casi al ojo, se deslizaba airosamente a cuatro metros del suelo, montada irrisoriamente en una larga escoba. Al llegar a la plazuela, se elevó aún más, describió dos amplios círculos y se posó lentamente junto a la pared de la antigua muralla. No lo hubiera hecho mejor una gaviota de la bahía de Pasaje. Dos carcajadas horribles descendieron de lo alto, de aquello noche pringosa y sin estrellas, y otras dos viejas horripilantes, montadas a caballo en sendas escobas, revolotearon con frenesí y dando grito: por la plazuela dormida, para posarse en seguida junto a la primera.

Un gato, que buceaba terco en un caldero vertido, lanzó un maullido siniestro y salió dando botes, con el lomo como un dramedario y el rabo cual poste de antena. --¡Ché, Gringo!...—suspiró Artadi, que se había puesto lívido.

El perro tenía erizadas sus hasta entonces lacias crenchas, y tropezaba con los pies de su amo para ganar el marco de un cercano portal. *El americano* sintió que un frío glacial le corría por la espalda y que la lengua reseca se le pegaba al paladar. Instintivamente se restregó los ojos.

—¿Pero e a, la más vieja, no es Maitoni?—se preguntó estupefacto—. ¿Y la otra?...; Esa es la de "Trabaleku"; sí, sí, es Ramona!...

Las tres brujas—porque otra cosa no podían ser semejantes engendros—tiraron las escobas al suelo y agarrándose por los hombros, con los brazos extendidos, comenzaron a bailar en corro desaforadamente, como unas poseídas. Se reían como borrachas, dando gritos destemplados, y alzaban las patas por el aire, como en un kale-gira.

Artadi estaba a punto de disolverse en aquel sudor frío que le bañaba. El perro se apretaba más y más contra el portal, temblando como un azogado.

Las brujas de detuvieron, jadeantes. Una se atusó el moño inverosímil y las otras dos se compusieron las sueltas thatharras. Se increparon, zumbonas, unas a otras; se dieron codazos, sin dejar de gritar y reír, y tomando las escobas del suelo, iniciaron una fantástica makill-dantza. Hubo un momento en el que no se oyó más que la respiración entrecortada de aquellas roncas gargantas y el duro golpear de los palos.

Artadi y su perro eran los únicos testigos mudos y medio muertos de aquel espectáculo inaudito.

Gringo lanzó un lamento siniestro; su amo, aplastándole con el pie, le dijo, trémulo:

-- ¡Gringo del demonio, cállese, que nos van a ver!... Pero no pudo ser. El viejo perro, estrábico y babeante, ladró. Fué un ladrido bronco y lúgubre al mismo tiempo, como si toda su pobre vida se le fuera tras él. Su amo crevó desfallecer.

La makill-dantza cesó en el acto. Aquellos tres rostros de pesadilla se volvieron llenos de ira al rincón; seis ojos llameantes se fijaron en el mismo punto, y los brazos esqueléticos, enarbolando las duras escobas, iniciaron una marcha lenta y de castigo hacia el portal. Una lechuza agorera voló junto a Artadi, que, haciendo un supremo esfuerzo de memoria, quiso recordar aquella fórmula decisiva para deshacer los maleficios, enseñada por su abuela cuando él era niño:

-El cabrito hermoso tiene bonitos cuernos...-musitó, en vascuence, con fervor de salvación.

Pero se le debió de trabar la lengua al final, porque aquel abracadabra no surtió ningún efecto.

--; Ay, amá!—exclamó sin aliento, dejándose de ceceos para mejor ocasión, y resbalando suavemente por la madera del cerrado portal.

Una triple carcajada e devolvió el ánimo.

Las tres viejas tenían las escobas bajo el brazo. Los bocas desdentadas se estiraron hasta las orejas, y otra carcajada brutal de cada una de ellas fue lo último que Artadi vio de aquella escena horrible, porque las brujas acababan de fundirse en su propio ser. Todo quedó en silencio. Unas gotas grandes y calientes comenzaron a caer, y una brisa sofocante hizo balancear las ropas que colgaban de algunas ventanas de la plazuela. Cuando el lloro de algún niño desvelado se apoderó del silencio de aquella media noche, Artadi, desbordándose a un mundo mejor, exclamó:

—¡ Ahorita, Gringo, vámonos!...

Y salieron a todo correr, sin sentir la dura pendiente de la calle bajo los pies. Cuando rebasaron el Convento de la Agustinas, se detuvieron, extenuados y sin aliento.

— Escucha -le preguntó El americano a su perro : ¿Cuántos vasos de sidra me he bebido donde Cataliñ? Gringo gruñó alegremente.

Ya a campo descubierto y cerca del caserío, Artadi miró a lo lejos, en todas direcciones.

-¡Mira, mira! ¿Qué es eso?...

Unas hogueras lejanas, diseminadas por los montes vecinos, se perdían en la noche espesa como si fueran luciérnagas. En San Marcos tres, en Jaizquibel cuatro, en Ovarzun una, dos, tres...

Un surtidos de lejanos recuerdos brotaba en la mente de Artadi. Instantáneamente reparaba aquellas navraciones de su abuela, cuando de niño le oía asustado en la antañona cocina, aquellas cosas de sorguiñas, lamias y del baso-jaun; aquellos seres tremendos que tantas veces le quitaban el sueño.

¡Víspera de San Juan!; Noche de sábado!; Solsticio de verano!...

Era la noche del magno aquelarre anual; la noche de la orgia frenética, en la cual, bajo el mandato de una llamada desconocida y superior, se daban cita en el Zugarramurdi navarro todos los seres turbios y molos de la región.

En el interior de la sombría caverna un mundo

irreal, tumultuoso y subterráneo, se agitaba turbulento cual intensa pleamar, bailando frenéticas danzas, cumpliendo ritos milenarios y acatando consignas cuyos orígenes se perdían en el polyo remoto de los primeros tiempos...

Rentería, que se había lanzado de bruces a la estela del Progreso y del Maquinismo, mostraba sus fuertes espaldas a todas estas cosas, dejando a un lado del camino aquello que fué fuerte levadura en épocas de paz y de sosiego. Ahogados los renterianos en el prosai mo vulgar de los tiempos modernos, ya no miraban ai cielo más que a través del ánima de sus chimeneas fabriles, alzándose de hombros, sonrientes, si se les bablaba de trasgos, sorguiñas y fantasmas.

Por eso no era de extrañar que la representación local en el Zagarramurdi inquietante, en noche tan señalada, fueran aquellas tres cochambrosas y apolilladas brujas vinculadas a cierto destartalado desván de la Calle de Arriba, y que en la actualidad, asmáticas y cargadas de ácido úrico, ni a los niños con lombrices sabían hacer llorar.

Solamente Artadi, campeón de un valor imaginario y eterno mixtificador, que faltaba del pueblo diecisiete años y no había asistido a su evolución, supo toparse con ellas.

En la sidrería de la calle de la Magdalena no hizo alusión ninguna a aquel mal paso, si bien se echó de ver en seguida e inexplicablemente, que aquellas heroicas empre as allende el Atlántico, iban adaptándose a un diapasón mucho más bajo.

¡ Menos mal que Cataliñ. Arróspide el vizcaíno y los contumaces jugadores de mús de la fresca bodega, no habían estado allí, pegados a la madera carcomida del ruinoso portal!...

SANTI DE OARSO.

## "CUCHARES" EN RENTERIA

Entre gritos, voces y alguna improvisada charanga, suena el clarin; empieza el nerviosismo y bace su salida a la plaza el primer novillo embolado, con las carreras, sustos y estacazos consabidos.

El pasado año tuvieron campo donde lucir sus facultades los aficionados al arte de "Cúchares".

Sigue en aumento la afición de la localidad. Pero los bichejos de Lastur suelen saber latín... para desgracia del aficionado renteriano...

